

LUGAR DE REFERENCIA

Hay lugares a los que están unidos nuestros recuerdos de una manera inevitable. En ellos hemos crecido, madurado y perfilado nuestra forma de ser y estar en el mundo. El tiempo de referencia siempre es la infancia y primera juventud.

El Cerro del Pozo, o de San Isidro, como suele ser conocido este enclave, contiene todos los elementos necesarios para poder pasar largos ratos al trascacho de sus riscos y vislumbrar los campos circundantes, vega del Jabalón incluida, intercalando imágenes y pensamientos. Alcubillas queda a tiro de piedra.

Más allá, hacia el este, se encuentran otras elevaciones: el Cerro de la Cruz o del Castillo, y Peñalengua, que tienen sus propios méritos y guardan rincones que atrapan, pero nunca podrán competir con el elegido si es la complicidad lo que buscamos.

Tardes enteras, en los largos y suaves días de otoño, propiciaron momentos de soledad en la que enraizaron las semillas de la añoranza, los sueños, las ilusiones..., que iban cayendo de manera pausada en tierra fértil, deseosa de albergar imágenes concretas que plasmar en el futuro inmediato, o el otro más lejano, aunque incierto.

Persistían, en primavera, los ecos de la fiesta, la celebración y la romería en el día en que se rendía tributo y homenajeaba al santo. Pero el silencio le es más propio, y en él cabe el trino de los pájaros y el caminar pausado de los conejos. Ese es el escenario que tengo asociado a mis recuerdos, y permanece intacto, esperando acoger a quien decida aproximarse a él para subir hasta la cumbre o, más suavemente, recorrer sus faldas percibiendo el aroma que desprende el tomillo al ser pisado.

También puede ser el punto de arranque de sendas que nos llevan a los distintos puntos del horizonte en los que se va configurando y definiendo el Campo de Montiel en esta entrada que lo une a la Mancha, y con la que comparte planicie y suaves elevaciones, lo que permite que nuestra vista alcance a descubrir aisladas casas de labor, o las torres de los pueblos más cercanos: Villanueva de los Infantes, Cózar, Torrenueva, Alhambra...

Una simple invitación a perderse, o encontrarse, con uno mismo y con la vida que brota si le damos la oportunidad de hacerlo.

Esteban Rodríguez Ruiz